

más amplio que el que aflora en las páginas del presente ensayo. En algún momento el Prof. Buchanan da la impresión de presentirlo. Esperemos que el diálogo ya iniciado contribuya a ponerlo con claridad de manifiesto.

J. L. ILLANES

ATENEIO ROMANO DELLA SANTA CROCE, *Rendere amabile la verità. Raccolta di scritti di Mons. Alvaro del Portillo*, Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1995, 692 pp., 18 x 24'5.

En 1994, al acercarse la fecha en que Mons. Alvaro del Portillo iba a cumplir los 50 años de su ordenación sacerdotal, el Pontificio Ateneo de la Santa Cruz, del que fue impulsor y primer Gran Canciller, decidió preparar un libro homenaje, recogiendo, como es usual en ocasiones análogas, algunos de sus escritos. Apenas tres meses antes de que tuviera lugar ese aniversario Mons. del Portillo falleció repentinamente. El proyecto de libro homenaje se mantuvo, aunque cambiando su sentido.

La actividad intelectual de Mons. Alvaro del Portillo ha sido dilatada en el tiempo y variada en su contenido. Hombre de inteligencia penetrante y de profunda cultura no asumió lo que, con terminología ordinaria, suele designarse como «carrera académica»: su labor de estudio y de investigación se desarrolló no tanto en relación con tareas docentes, aunque no fue ajeno a ellas, cuanto en conexión con sus ocupaciones pastorales, primero como sacerdote y después como obispo, en la Prelatura del Opus Dei y en la Curia Romana, y refleja en consecuencia la riqueza y la movilidad que una tan amplia labor pastoral implica. El comité de profesores del Pontificio Ateneo de la Santa Cruz, que, presidido por el Prof. Amadeo de Fuenmayor, emprendió la empresa de preparar el presente libro lo ha tenido en cuenta, dando a la obra una estructura que se hace eco de esa realidad.

El libro, que recoge un total de 59 escritos —unos ya aparecidos precedentemente en revistas y publicaciones, otros inéditos—, se divide, en efecto, en cuatro partes: a) escritos pastorales, que agrupa en su casi totalidad cartas y homilias redactadas o pronunciadas en su condición de Prelado del Opus Dei; b) escritos teológicos, que abarca textos que van desde la década de 1970 hasta la de 1990; c) escritos canónicos, que comprende textos correspondientes a un arco de tiempo similar, y, finalmente, d) escritos varios. Cada una de esas partes están precedidas de introducciones que corren a cargo, la primera de ellas, del Prof. Rolf Thomas, colaborador durante muchos años de Mons. del Portillo en las tareas de gobierno

del Opus Dei, y las restantes de los Decanos de las tres Facultades que en este momento integran el Pontificio Ateneo de la Santa Cruz: Teología, Prof. Antonio Aranda, Derecho Canónico, Prof. Carlos José Errázuriz, y Filosofía, Prof. Angel Rodríguez Luño. Un perfil biográfico de Mons. del Portillo y un elenco, muy completo y bien estructurado, de sus publicaciones, completan el libro.

Basta la simple descripción que acabamos de realizar para poner de manifiesto la dificultad de proceder en el limitado espacio de estas líneas a un análisis aunque fuera somero del contenido de la presente obra: nos limitaremos, por eso, a destacar algunas de las perspectivas o principios inspiradores que, más allá de diferencias de estilo, lógicas en escritos de diversas épocas y con diversos destinatarios, dotan al pensamiento de Mons. del Portillo de una profunda unidad.

En las palabras *in memoriam*, redactadas por Mons. Javier Echevarría y colocadas al comienzo del volumen, el actual Prelado del Opus Dei esboza ya una síntesis en ese sentido, señalando que en los escritos de su predecesor —tanto en los incluidos en este volumen, como en sus anteriores libros y en otros textos ahora no recogidos— sobresalen tres temas a los que Mons. del Portillo dedicó particular atención y sobre los que, en consecuencia, volvió con particular frecuencia: el laicado, el sacerdocio y, como transfondo último, la eclesiología, más concretamente la visión de la Iglesia como comunidad viva.

La reflexión de Mons. Echevarría nos sitúa, clara y netamente, ante el núcleo no sólo del pensamiento sino también de la vida de Mons. del Portillo. Alvaro del Portillo fue, en todo momento, un hombre de Iglesia, en el sentido fuerte que Orígenes atribuía a esa expresión: hombre que sabe, y no de cualquier forma sino de modo existencial y personal, que la Iglesia es misterio y vida, que estar unido a la Iglesia es estar unido a Cristo y, en Cristo, al misterio insondable de Dios. Estas ideas de fondo, o por mejor decir, esta actitud vital incide, como es lógico, de manera muy directa en todos los escritos que componen la parte primera, es decir, en los escritos pastorales, pero también, y no en menor grado, en los teológicos y canónicos, en los cuales se advierte, además, el influjo decisivo de otros dos planteamientos básicos:

a) una aguda conciencia del dinamismo que debe animar a las instituciones y realizaciones eclesiales, como corresponde a una comunidad —la Iglesia— que, brotando de la presencia y la acción del Espíritu Santo, está llamada a ser, en todo tiempo, testimonio eficaz de Cristo. De ahí una reflexión en la que —de acuerdo con lo que fueron su formación y sus preo-

cupaciones intelectuales— las consideraciones teológicas y las canónicas se entrelazan a fin de abrir caminos jurídicos y pastorales que recojan, canalicen y potencien la vida;

b) una certera percepción —fruto en parte del planteamiento anterior y, en todo caso, coherente con él— del nexo imprescriptible que media entre vocación y misión en la condición cristiana: la gracia bautismal, la incorporación a la Iglesia, implica, a la vez e inseparablemente, una llamada a la comunión con Dios y el conferimiento de una peculiar participación en la misión común de la Iglesia. De ahí un modo de plantear las cuestiones referentes al laicado y al sacerdocio —las dos condiciones cristianas de las que Mons. del Portillo se ocupó preferentemente, como ya dijimos— en el que las perspectivas eclesiológicas y las espirituales se completan y mutuamente se enriquecen.

La lectura de los escritos de Mons. Alvaro del Portillo, en general y los recogidos en la presente obra, ponen de manifiesto la profunda sintonía de su pensamiento con los documentos y el espíritu del Concilio Vaticano II, con cuya preparación, desarrollo y posterior aplicación colaboró tan eficazmente. Estamos en ese sentido ante un libro que constituye y constituirá un imprescindible punto de referencia para comprender y analizar un periodo de singular importancia de la historia tanto de la Iglesia contemporánea como, claro está, del *Opus Dei*.

No quisiera terminar esta recensión sin dedicar un breve comentario al título de la obra: *Rendere amabile la verità*. Quienes han realizado la recopilación de escritos no explican las razones que les han llevado a escoger precisamente ese título. Tal vez se hayan inspirado en las consideraciones que esboza Mons. Javier Echevarría en los párrafos finales de un *In memoriam*. En todo caso se trata de un título que expresa bien no ya el contenido de la obra —tarea imposible, dada su naturaleza—, pero sí la actitud de espíritu, el temple de alma, de su autor. La verdad de la que el cristiano habla es una verdad que es amor y que, por tanto, puede trasmitirse y testificarse sólo con amor, mostrando que nace del amor y ordena al amor, mejor dicho, que es ella misma amor. Mons. Alvaro del Portillo no sólo fue consciente de esa realidad, sino que se compenetró con ella desde lo más profundo de su ser; de ahí, uno de los rasgos más significativos de su carácter: la afabilidad. *Hacer amable la verdad*, mostrar la amabilidad de la verdad, de esa verdad que es Dios, es por eso un título extremadamente adecuado para una obra que, por la amplitud y la variedad de su contenido, permite asomarse a la vez a unos escritos y a la persona de su autor.

J. L. ILLANES

Joseph RATZINGER, *Verdad, valores, poder. Piedras de toque de la sociedad pluralista*, ed. Rialp, Madrid 1995, 16 x 12.

El libro fue publicado en alemán en 1993 con el título *Warheit, Werte, Macht, Prüfsteine der Pluralistischen Gesellschaft* y la editorial Rialp lo publica ahora en lengua castellana. Los tres estudios constituyen una respuesta a la pregunta sobre si es posible la existencia de valores universales e intocables en una cultura democrática y pluralista. Los tres capítulos del libro, por tanto, constituyen una unidad. El Cardenal Ratzinger plantea las cuestiones con profundidad pero con un lenguaje directo y claro, evitando la excesiva teorización. La actualidad de sus reflexiones es indudable, entra en debate con autores especializados, y plantea y responde preguntas que están en la mente de todos; su interlocutor es el hombre de la calle.

La estructura de su argumentación discute el relativismo ético que pretende anular los valores absolutos en nombre de la absolutización de la subjetividad y del poder de la mayoría; y, por otro lado, sostiene que la verdad y el bien son el fundamento de una conciencia recta y que sólo desde ésta se hace posible la realización de la libertad y de los derechos humanos en una sociedad justa y pluralista.

El libro tiene una introducción de José Luis del Barco, que presenta el contexto cultural en el que se han escrito estos estudios. También hay un pequeño Prólogo del Autor en el que explica el origen de cada uno de los artículos.

El primero de ellos (pp. 29-40) se titula *La libertad, la justicia y el bien. Principios morales de las sociedades democráticas*, y es el discurso que pronunció el 7 de noviembre de 1992 en la *Académie Française* cuando ingresó como *membre associé étranger* de la *Académie des Sciences Morales et Politiques de l'Institut de France*. El Cardenal se refiere en él especialmente a su predecesor fallecido Andrei Sajarov y, partiendo de lo que representa su figura, pasa a analizar cuál es el contenido ético de la libertad humana como realidad que sólo puede ser vivida en un ámbito de responsabilidad compartida. Si se niega el principio moral, que es un conocimiento poseído por el hombre previo a cualquier otro, se niega al hombre mismo. Tomando una expresión de Spaemann, afirma Ratzinger que frente al «nihilismo banal» en expansión, hay que recordar que la libertad sólo sigue siendo humana cuando se fundamenta en la responsabilidad moral. Una libertad cuyo único argumento consistiera en satisfacer las necesidades seguiría recluida en el ámbito animal. La misma noción de libertad reclama las nociones de lo justo y lo bueno, porque no existe la libertad aislada. Para que pueda